

“...tomad la materia que deseáis transmutar, dejadla enfriar, y ponedla en un plato de cristal. Retirad con sumo cuidado la espuma muerta de su superficie, pero cuidando de guardarla aparte. Tomad entonces un filtro mediano y pasad la materia por él. La solución resultante ponedla en un matraz de vidrio y calentadla durante tres días...”

El Códice

Rabí Abraham

“...cuando la Mano del Amo rompió el primero de los sellos, vi un caballo blanco.

Cuando rompió el segundo sello, vi otro caballo. Era bermejo.

Cuando rompió el tercer sello me asaltó un caballo negro.

Cuando rompió el cuarto sello un caballo amarillo galopó hacia el Sol.

Cuando rompió el quinto sello, vi las almas de los que habían muerto por causa de la palabra de Dios, y clamaban diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor?

Apenas miré cuando rompió el sexto sello, pues hubo un gran terremoto, el Sol se volvió negro y la Puerta de la Luna se hizo sangre.

Cuando murió el séptimo sello, se hizo el silencio en el lugar.

Y el Ángel Caído fue libre, de nuevo.

¡Al fin!”

*Extracto del capítulo sobre al Apocalipsis,
Breve Historia de los Custodium Veritatis*

Anónimo

PRÓLOGO

COLONIA (ALEMANIA). Plaza de la Victoria.
14 de noviembre de 1583. Al anochecer.

La blanquecina luna brillaba esa noche en toda su plenitud. Ninguna nube cruzaba el cielo sobre la ciudad, lo que hacía el ambiente aún más frío que de costumbre. Pese a lo temprano de la hora, acababa de anochecer, el frío del duro otoño germano llenaba a voluntad las desiertas calles de la ciudad, y hasta había empezado a congelarse el agua de la Fuente de la Victoria, erigida por el emperador Carlos I para eterna memoria de alguna batalla ya olvidada por todos.

Las esbeltas figuras de mármol blanco, y clara influencia italiana, que poblaban la fuente estaban acostumbradas a la soledad. El agua no era muy potable, y la plaza en la que vivían no era de las más céntricas de la ciudad. Eso, junto a su proximidad al Hospital de Leprosos, no la hacía muy popular ni siquiera en las mejores horas del día, cuando los habitantes llenaban las calles de la ciudad intentando que el escaso sol norteño calentara su anhelante espíritu.

Es por eso que resultó aún más extraño para las curiosas figuras, si es que algo puede parecer extraño a un trozo de mármol, que un pequeño hombrecito regordete entrase a toda prisa en la plaza y se dirigiese con decisión a la fuente. Al llegar, se apoyó en el borde mientras recobraba el aliento. El curioso chaleco de cuero que llevaba se reflejó de forma extraña en la oscura superficie del agua, lo que hizo que el hombrecillo lo observase absorto unos segundos. A pesar de que alguna de las figuras llegó a creer firmemente que el hombrecillo iba a morir ahí mismo, este acabó levantando la vista hacia el Hospital de Leprosos. Entonces se percató de algo, y al tiempo que mascullaba entre dientes lo que una de las figuras, que fue colocada en la fuente por un cantero francés, reconoció como una impresionante colección de insultos que sin duda podía rivalizar con las de aquel pequeño y escuálido obrero, abandonó la plaza por una calle distinta de por la que había llegado, con el mismo trotecillo raudo que, sin lugar a dudas, debía de ser la máxima velocidad a la que esa persona era capaz de desplazarse.

Si hubiesen podido girar el cuello se habrían mirado con asombro, y habrían estado toda la noche debatiendo sobre los motivos e intenciones del hombrecillo que tanta prisa llevaba y que, sin saberlo ni proponérselo, tantas horas de buena conversación les había facilitado.

Pero, claro, no podían hacerlo, así que siguieron haciendo lo mismo que durante los últimos cincuenta años: Intentar mantener una pose digna, y aún más importante, tratar de esquivar los certeros ataques de las abundantes palomas de la plaza.

Cuando por fin Nicolas llegó ante su casa, se detuvo antes de abrir la puerta. La sangre le golpeaba con fuerza en los

oídos, y no era capaz de pensar con mucha claridad por el esfuerzo. Dudó por un momento, pues era mucha la premura de la situación, pero decidió esperar unos instantes, hasta estar seguro de que estaba solo. Se sumergió en las sombras del portal, y poco a poco notó como su corazón volvía a un ritmo normal, lo que le llevó a recuperar en parte el aplomo. Escuchó con atención durante unos interminables minutos, pero salvo el lánguido maullido de un solitario gato, nada rasgó el silencio de la casi invernal noche en Colonia.

Al fin, convencido de que nadie le había seguido, se decidió. Giró la fuerte cerradura con una gruesa llave de hierro, y en cuanto entró cerró la puerta tras él y corrió los dos pesados cerrojos que había mandado colocar la semana anterior. El titilar de la débil luz de una vela llegaba desde el comedor. Bien, pensó, por una vez está en casa. Sin más dilación, atravesó el corto pasillo y entró en la estancia iluminada por la vela. Sentada a una mesa de grueso roble en el centro de la habitación estaba una mujer de unos cuarenta años, más bien delgada pero de rostro elegante. Algo en su manera de llevar el sencillo vestido destilaba una elegancia innata. Su largo pelo negro estaba atado con una cinta azul, formando una cola que llegaba casi a la cintura. Esto le permitía inclinarse sobre el grueso tomo que estudiaba con atención a la luz de la robusta vela de cera blanca. Sus ojos, del azul profundo del mar del Norte, se movían con rapidez por los estrechos y descoloridos renglones, al tiempo que sus gruesos labios, del color de una rosa de verano, pronunciaban en silencio las palabras que los llenaban. Frente a ella, varios montoncitos de hierbas, pulcramente preparados, se alineaban junto al libro. Tan absorta estaba en su lectura que no se percató de la llegada del hombrecillo.

Nicolas la observó un momento desde el umbral del comedor. Aún no podía creer la suerte que había tenido al conocer a Pernelle, y mucho menos que ella hubiese accedido a ser su

esposa; la esposa de un simple escribano público y copista de París.

—¡Pernelle! — La llamó Nicolas, al tiempo que se acercaba a la mesa. Ella levantó la mirada, y al instante reconoció el gesto de su esposo. Eran ya muchos años juntos... —¡Pernelle, lo he visto!

Una sombra de miedo cruzó el semblante de la mujer. Se levantó, como accionada por un resorte.

—¿A... a él?

—No. —Nicolas negó con la cabeza. —A su criado, ese gitano que le sirve como un esclavo. Esta tarde pensé en ir donde Isaac el de los diamantes, el judío, porque quería cambiar algo de oro por piedras. El caso es que cuando me dirigía hacia allí, el gitano ha salido de una taberna ¡justo delante de mí! Lo he reconocido en seguida, a él y a esa enorme daga plegable que siempre lleva en el fajín. Pero me di la vuelta de inmediato, y estoy seguro de que no me vio. Fui directo al Hospital a buscarte, pero ya estaban las puertas cerradas, así que vine a casa, rezando para que hoy no te hubieses quedando preparando más unguentos para tus pacientes.

Pernelle escuchó atentamente el relato de su esposo mientras cerraba el libro y guardaba las hierbas en una cajita con diversos compartimentos, que reposaba sobre el aparador, a su espalda.

—Entonces, si no te vio, no tenemos nada que temer de momento. Tenemos tiempo aún para...

El ruido de la dura madera de roble al resquebrajarse sobresaltó a ambos. Era, sin duda, la puerta de entrada.

La puerta, reforzada con metal y de triple cerrojo, le había parecido a Erik mucho más resistente, pero Domingo era

fuerte, muy fuerte. De una sola patada la arrancó de sus bisagras, en las que el carpintero no había empleado ni tanto tiempo ni tan buen material como había cobrado a Nicolas. El norteño, alto y rubio, se removió en su cota de malla al tiempo que miraba al pequeño español de raza gitana con reconocimiento, y hasta asombro, tal vez. En su larga vida, no había conocido a muchos hombres tan resolutivos como Domingo. Este le devolvió la mirada, aún con más altivez que cuando golpeó la puerta. Con un gesto de su barbilla, le invitó a entrar, y le indicó que aguardaría fuera. Domingo sabía que a Erik le encantaba guardarse para él solo el inminente final de la larga carcería; la posibilidad, al fin, de encontrarlos. Le pasó el pequeño farol de aceite y el rubio sonrió, fría y cruelmente como sólo podría hacerlo alguien sin alma, y entró en la casa. Las botas, recias y tachonadas de metal, aplastaron los restos de la puerta, produciendo un peculiar sonido que a Domingo siempre le recordaba al machacar de huesos de un carnicero.

Aterrados, Nicolas y Pernelle podían oír cómo Erik se movía por toda la casa, pues sus pesadas botas hacían crujir lastimosamente el viejo suelo de madera, y era un sonido que conocían demasiado bien. Cuando por fin entró en el comedor, una pobre luz amarillenta llenó la estancia, filtrándose a través de las tablas del suelo. Haciendo que se sintieran expuestos, a la vista. Erik siguió moviéndose, lentamente, examinando el contenido de la habitación. Buscándolos.

Nicolas no pudo evitar que su pensamiento volase a cuando lo conocieron. Desde luego, nada hacía imaginar que las cosas fuesen a terminar así. Durante varios días, él ayudó con los pacientes de aquella terrible cárcel a Pernelle, y a pesar de ser él mismo uno de los presos, siempre demostró una piedad y una ternura dignas del mejor cristiano. Hasta que Erik enfermó.

Pero le ayudamos, pensó Nicolas, le ayudamos como tal vez nunca debimos hacerlo y como no hicimos con ninguno de los otros, y así despertamos el mal que dormitaba en su interior. O... ¿tal vez el mal siempre estuvo ahí? ¿Tal vez, de algún extraño modo, había descubierto que lo teníamos y por eso nos ayudaba? ¿Para... quitárnoslo?

De repente, los pasos se detuvieron justo frente al espejo. Y Erik, el norteño, habló, con una voz profunda que evocó en los corazones de los dos franceses el gruñido de un cruel lobo justo antes de atacar.

—Nicolas... Pernelle... ¡amigos míos! Sé que estáis aquí. He recorrido toda la casa, sólo queda esta habitación. ¡Vamos, salid ahora y os prometo que dejaré que tú te vayas, Pernelle...!

El sonido de su voz no pudo enmascarar el silbido del acero al abandonar la vaina. Probablemente, había sacado su espada.

La habitación en la que Nicolas y Pernelle se ocultaban era, en realidad, un pequeño sótano acondicionado como bodega, al que se accedía por una pequeña esclusa oculta tras un espejo que se habían traído de Francia, de su primera época en París. Pernelle lo apreciaba mucho, y habían procurado conservarlo en perfecto estado. Hasta ahora.

Nicolas miró a su alrededor buscando algo que pudiese usar como arma contra el germano, pero nada había salvo un pequeño martillo, olvidado ahí probablemente por el carpintero que había reparado la bodega. Sopesó el martillo en su mano derecha, y miró a Pernelle. El terror se reflejaba en su bello rostro como debía de hacerlo en ese momento el propio Erik, en su espejo de París.

El norteño volvió a caminar y empezó a mascullar entre dientes. Pronto, su habla se volvió incoherente; parecía conciliador, y al instante, amenazante. Pronto pasó al insulto, y volvió a la incoherencia.

Realmente, no sabían cuánto tiempo llevaba Erik así, pero Nicolas llegó a pensar que tal vez se cansaría y marcharía a buscarlos en otro lugar. Tal vez en el Hospital, o en su laboratorio...

Pero, de repente ya no se le oyó, y un manto de silencio cayó sobre la casa de los Flamel.

Y entonces se desató el infierno. Erik empezó a destrozar todos los muebles de la habitación, y el estruendo era ensordecedor. Estanterías, sillas, libros... todo fue aniquilado, hasta la pesada mesa de roble. Y finalmente, como no podía ser de otra manera, le llegó su momento al espejo. La antigua espada de acero lo deshizo en miles de pequeños y afilados fragmentos, que pasaban brillando entre las tablas.

El silencio que sobrevino a continuación fue aún más horrible, y tan intenso que Pernelle estaba convencida de que Erik podría oír los latidos de su alterado corazón. Con gran esfuerzo se mantuvieron inmóviles, pues todo su ser bramaba por huir, por correr cuanto más deprisa y más lejos, mejor.

Uno, dos, quince, veinte latidos. El tiempo pareció detenerse, y al fin sucedió lo inevitable.

La puerta tras el espejo saltó en pedazos, y en seguida Erik atravesó la esclusa y bajó por la escalera.

Si la espada que sujetaba con furia era aterradora, no lo era menos su oscura mirada de odio, pero sin lugar a dudas, lo que terminó de paralizar a Nicolas fue la sonrisa de Erik. Vacía, sin rastro de alegría, parecía esculpida en la angulosa cara del germano. Nicolas vio a la Muerte frente a él, y supo que su huída había acabado. En el fondo de su ser, deseaba que Erik se dejase llevar por la ira acumulada durante tantos años, y lo atravesase con la espada. Sin lugar a dudas, la alternativa era aún más aterradora. Cerró los ojos, esperando su destino.

Pero la espada no lo atravesó.

Nicolas escuchó cristal al romperse, y algo pesado cayendo al suelo de tierra. Abrió los ojos y vio a Erik inconsciente. Su cabeza presentaba una fea herida, que teñía de rojo sus rubios cabellos. Pernelle sujetaba los restos de una botella de vino entre sus temblorosas manos.

Ante la certeza de que el compañero del norteño estaría esperando en la calle, decidieron huir por el establo. A toda prisa, sin mirar atrás y sin acabar con la vida de Erik, algo que aún lamentan hoy en día. Pero los Flamel no eran capaces de arrancar una vida, no estaba en su naturaleza; o, al menos, no lo estaba en aquel entonces.

Así que esa misma noche abandonaron Colonia y pusieron rumbo al sur. Tal vez pensaban en poner un mar o, por qué no, un océano entre ellos y el germano. Puede que así consiguiesen ganar algo de tiempo, pues aunque en los primeros tiempos Erik tardaba varios meses en darles alcance en cada nueva ciudad en la que se asentaban, desde que conoció a Domingo, el gitano, cada vez los encontraba antes. Tan sólo hacía unas semanas que estaban en Colonia.

Pero, a pesar de todo lo sucedido, Pernelle era una sanadora, y sabía que los ungüentos medicinales que tenía preparados, y que había insistido en salvar, eran muy necesarios en el Hospital de Leprosos. Así, por unos minutos la tranquilidad de la plaza de la Fuente de la Victoria se vio alterada por segunda vez esa noche. Las estatuas de mármol, si hubiesen podido hablar, seguro que le habrían preguntado al hombrecillo regordete sobre su inminente y evidente partida. Tal vez, alguna de las más descaradas hasta les habría preguntado a ambos acerca de la prisa con la que se marchaban. Una en concreto, un viejo mariscal de campo al que ya le dolían las nalgas de montar su fiel caballo, hasta le habría preguntado a la esbelta mujer morena si iba a volver alguna vez a la plaza.

Pero claro, no podían hablar.

Y así, cuando al fin Pernelle subió de nuevo al carro, Nicolas azuzó al soñoliento asno, que dirigió una dura mirada de reproche a su amo y a trompicones se encaminó hacia una calle que llevaba a la puerta del sur.

Una de las figuras, la más joven de todas, no pudo menos que preguntarse por qué todos, hasta las odiadas palomas, se marchaban siempre al Sur.

Si es que las estatuas de mármol italiano pudiesen tener edad, o hacerse preguntas.

O tal vez odiar, claro.

LA HISTORIA

En los años en que reinaba en España su majestad Felipe IV, Madrid era la capital del mundo. Ciertamente, Londres y París eran ciudades a tener en cuenta, como se vería en años posteriores, y muchos asentamientos en las Américas empezaban ya a apuntar el importante papel que iban a jugar en los siglos venideros. Pero Madrid era, aún, la más grande. Y puede que hasta la más entretenida.

Las intrigas de la Corte, los sucesos de Flandes y Nápoles, y hasta de las Américas, tenían a los madrileños interesados y entretenidos, pero cansados de la vida que llevaban. Los taimados embajadores extranjeros, los giros de las alianzas con otros países... hasta los intentos de los funcionarios, sumidos en la miseria, de arañar algo de honor (y de oro, por supuesto), todo esto hacía de Madrid una ciudad en verdad interesante, llena de muy buenas historias que, sin lugar a dudas, merecen ser contadas, y a buen seguro alguien lo ha hecho ya, y mucho mejor de lo que yo sería capaz.

Pero la historia que os voy a relatar no versa sobre importantes alianzas políticas, ni sobre las desventuras de una amante del Rey. Esta historia, nuestra historia, es de esas que nunca re-

cogerán los libros de historia, ni inspirará cuadros enormes o fuentes con aburridas estatuas. La historia que he intentado plasmar en estos pobres renglones es de otro tipo; del tipo que se comparte a la luz de una hoguera de campamento en el corazón de un oscuro y tenebroso bosque, entre susurros y miradas por encima del hombro. Del tipo que nadie en su sano juicio contaría la noche de difuntos, ni aunque la propia vida fuese en ello. Y a pesar de que está formada por multitud de pequeñas y extrañas historias, sin duda que acabaré hablando más de mí mismo y de mis amigos, pues a fin de cuentas, es la más interesante de todas las que se sucedieron.

Y nuestra historia, mi historia, ocurrió en una ciudad en verdad interesante, pues no se me ocurre lugar en todas las Españas que pueda rivalizar con Toledo en ese aspecto. ¡Y no solamente por “El Ama de Cuba”, que conste...!

Toledo, al igual que cualquier otra ciudad o pueblo de las Españas, estaba por aquel entonces repleto de villanos que, descontentos con su estrella, se afanaban en intentar cambiarla. Muchos lo intentaban, pero pocos lo lograban.

Entre los pocos que tenían la férrea voluntad para lograrlo, ya fuese a mejor o, más a menudo, a peor, estaban los soldados que volvían a tierras españolas tras el fin de la contienda de Flandes. La gran mayoría de estos veteranos volvían a los oficios de sus padres, que ya habían desempeñado como aprendices. Panaderos en Zamora, zapateros en Valencia y campesinos en Albacete. Oficios tan nobles y útiles a la sociedad como cualquier otro, y en los que, gracias a su pasado en el ejército, solían ser bien recibidos en los gremios correspondientes.

Pero otros, no. Otros simplemente veían en su maestría en el oficio de las armas un medio rápido y “seguro” de mejorar

su posición económica. La gran mayoría de estos pronto descubrían que no eran tan buenos cortando bolsas de los cinturones, como rebanando gazzates en Flandes. Y así, acababan ganándose de nuevo el pan a tenor de la hospitalidad del Rey, saturando las ya afinadas cárceles del Reino.

Y por último, había un escaso puñado de hombres que seguía en su propia guerra, pues como ha pasado siempre y seguirá pasando, se la traían con ellos desde el frente. Eran en verdad los más peligrosos, y por añadidura los más interesantes.

Entre estos últimos se encontraba un larguirucho arcabucero navarro que gustaba de ser conocido por sus amigos como Lope, aunque en todos los años pasados en los Tercios ninguno de sus camaradas estuvo nunca seguro de que ese fuese su verdadero nombre, aunque se presentase con él. Este, una vez desembarcado de vuelta a la península tras la licencia de los Tercios de Flandes, se vio arrastrado a una azarosa vida en las calles de Toledo por los férreos lazos de la amistad que le unían a dos toledanos de pura cepa: El recio pero docto, noble, inteligente, atractivo y afortunado Rodrigo, y el pequeño y problemático mujeriego, aunque hilarante, Jaime “el Lirio”.

Y aunque son muchos los actores que han pasado a formar parte de esta larga y asombrosa historia que os voy a relatar, tal vez sea lo más justo comenzar con uno de los que llegó a tener un papel tan azaroso como, finalmente, relevante. Tal vez, en justicia a ese antiguo y peligroso Códice y a su extraño devenir durante tantos años, sea con el navarro Lope y su desastrosa vida de ex soldado con quien deba comenzar.

O, tal vez, sea simplemente que era mi amigo, y dado que es a mí a quien habéis pedido que la cuente, he decidido empezar la historia con él. Una historia que, aunque próxima su fin, había comenzado mil años atrás...

No hay dos inviernos iguales en Toledo, los que somos de aquí lo sabemos bien. A pesar de que todos son fríos como el corazón de un inquisidor, el de ese año estaba siendo de los más secos que se recordaban. No había caído una sola gota desde septiembre pasado, cuando una tormenta de fin de verano había limpiado el cargado ambiente y las sucias calles, aunque no consiguió lavar alguno de los oscuros corazones que se ocultaban en la ciudad. Hasta ese día, en que el cielo amenazó con abrirse sobre las duras cabezas de los toledanos. El cielo había amanecido ya cubierto por unas nubes de color gris plomizo que cegaron por completo la visión del sol, privándole de su privilegiada posición sobre los hechos que acontecían, y que iban a acontecer, en la mágica ciudad de las tres culturas.

Y, al fin, llovió.

Sería a primera hora de la tarde cuando Lope entró en la Taberna del Yucatán. El viejo “Pirata”, su dueño, dormitaba despreocupado tras la barra. El frío de la tarde y la incipiente lluvia no animaban a los habituales a abandonar el calor de sus hogares, incluso ante la agradable promesa de unas horas lejos de sus esposas.

Lope no llevaba su sombrero francés de mosquetero, y el húmedo cabello castaño se le pegaba a la cara, por la que le corría el agua de lluvia, aunque sí llevaba su chaqueta de cuero marrón. En una mano se balanceaba un pequeño saco de lona embreada, mientras con la otra se sujetaba el costado izquierdo, aunque no conseguía ocultar del todo la sangre que manchaba su camisa. Tras echar un vistazo a la vacía sala común de la taberna, se sentó en su mesa de siempre, dejando el saquito de lona embreada a sus pies. Y así comenzó una espera que, aunque aún no lo sabía, iba a durar toda la tarde.

Observando distraído el agua embarrada fluir y formar charcos en la vacía calle de Alfileritos, su mente voló primero hacia el extraño contenido del saquito a sus pies, para en seguida recordar el comienzo de aquel extraño día, apenas hacía una semana, que tan dispar suerte le estaba deparando desde entonces...

EL CONTRATO

TOLEDO. Calle de Alfileritos.
18 de enero de 1650. Al amanecer.

La luz del amanecer que se filtraba por la entreabierta cortina bailaba sobre los cerrados párpados del hombre que dormía profundamente sobre un colchón de lana churra, mientras el frío del enero toledano campaba a sus anchas por la pequeña estancia. Situada encima de la Taberna del Yucatán, era la clásica habitación que el bueno del Pirata ofrecía por dos reales a la semana: Apenas una cama con colchón de lana churra y un pequeño escritorio, posiblemente “distraído” de alguna escuela dominical.

Y es que el bueno del honorable hidalgo Don Lope no estaba en condiciones de permitirse lujos mayores. Hacía ya seis meses desde que se licenció de los Tercios de Flandes, y la soldada acumulada durante tantos años de servicio se evaporó tras de un par de meses de vida aceptable. ¡A fin de cuentas, los colchones sin chinches eran entonces, al igual que ahora, tan escasos, y aún más caros, que el vino sin aguar o las putas que se suelen lavar!

Lope pasaba la mayor parte de su tiempo libre en la Taberna del Yucatán, o deambulando con sus dos amigos y socios por las muchas tabernas de mala muerte de los alrededores del Alcázar, conocido lugar de Toledo donde contratar soldados con pocos recursos y aún menos escrúpulos. Aunque, a pesar de su situación económica, Lope no aceptaba todos los encargos. Todavía le quedaba algo del honor militar, algo de conciencia... aunque esta parecía desaparecer al mismo peligroso ritmo al que lo hacían los reales de su ajada bolsa de cuero.

A veces, surgen trabajos que parecen sencillos y bien pagados, pero que finalmente resultan ser un infierno de problemas y quebraderos de cabeza. El último que Lope había aceptado era, precisamente, uno de estos. Recuperar la carta escrita por la joven esposa de un noble toledano en un momento de calurosa pasión, y dirigida a su aún más joven amante, un conocido poeta famoso por sus líos de faldas. El pago por recuperar esa carta, aunque muy generoso, casi se acabó saldando sus deudas acumuladas con el Pirata, así como las de Rodrigo en el "Ama de Cuba". Y, después, vino la celebración por el sueldo tan merecidamente ganado.

Por supuesto, también en el Ama de Cuba.

Y así, la noche anterior, el último pensamiento de Lope, antes de derrumbarse a plomo en el maltrecho camastro, había sido el firme convencimiento de que debía contratar a un contable para encargarse de sus maltrechas finanzas. En resumen, eso era lo que en esos momentos le estaba pasando factura. Porque, a pesar de que la vida en los Tercios le había proporcionado una buena musculatura con la que cubrir sus largos huesos navarros, el vino y licores que Lope y sus amigos habían abrevado la noche anterior, más acertadamente se podrían medir en garrafas que en vasos, o incluso botellas.

El despertar, aunque desagradable, no fue nuevo para él. Muchas otras veces habían tenido que echarle agua, casi siempre helada, para poder sacarlo del camastro. Aunque esta vez había una pequeña diferencia... esta vez no estaba en una tienda de algún campamento en las afueras de una oscura ciudad holandesa. Esta vez no había un sargento al que se le ha pasado la borrachera antes que a él (a los sargentos siempre se les pasaba la borrachera antes que a sus soldados). Es más, esta vez ni siquiera había agua en la misma habitación. Lo sabía bien, porque la había buscado a conciencia cuando al amanecer despertó a... bueno, a vaciar estómago y vejiga.

Si, no había agua, tan sólo el contenido de la pequeña palangana que guardaba bajo su cama: El aliviadero.

La mezcla de vómito y fluidos corporales, arrojada sin miramientos sobre el desprevenido navarro, cumplió su propósito con rapidez y eficiencia. Al fin se le había pasado la borrachera, y toda de golpe. ¡Cuán afortunados eran los soldados cuyos sargentos ignoraban lo efectivo del método usado con Lope!

—¡Oh, maese Lope! — La voz, profunda y gutural, hizo que Lope se tensara involuntariamente sobre el colchón de lana churra. —¡En verdad siento lo ocurrido! ¡Le puedo dar mi palabra de Caballero de Dios de que ni me he dado cuenta del contenido de esa palangana!

Aparentando despreocupación, y hasta desgana, Lope se limpió los ojos con la funda de la almohada, al tiempo que se incorporaba y se sentaba en el camastro. Entonces, por primera vez, pudo observar a su atrevido visitante. Porque, aunque en ese momento Lope sólo deseaba atravesar a tan ofensivo personaje con su espada, tal y como siempre decía su capitán hay primero que tasar al enemigo, antes de correr hacia sus mosquetes.

El hombre que lo observaba con unos profundos ojos grises desde los pies de su cama, sentado en una silla vuelta del revés, ni siquiera estaba intentando ocultar el tono cínico de sus palabras. Su pelo rubio, largo y brillante como el sol, contrastaba con la oscuridad que emanaba de él, y no tan sólo por sus negras ropas. Sin duda, era un soldado, o lo había sido, pues además de la espada lo delataba su porte. La única nota de humanidad en su visitante era, sin duda, la cruz de la Orden de Calatrava, que portaba sobre el corazón en rojo carmesí. Había dejado con sumo cuidado sombrero y capa en el camastro de Lope, y al incorporarse este, se escurrieron hasta el suelo. Retorcía nerviosamente un par de guantes negros, y, como he dicho, portaba espada.

Y no era una espada cualquiera, pues si de algo entendía Lope era de armas. Era, sin duda, de las fábricas de Toledo. Por la guarda y la empuñadura, seguramente una Rapiera. Un arma de muy buena factura, aunque algo antigua. Probablemente será una herencia familiar, pensó Lope. La propia espada de Lope, que descansaba en una esquina tras el visitante, no aguantaría más de cuatro o cinco buenos golpes de la Rapiera. Si no fuera por el puñal que guardaba siempre bajo su almohada, tal vez el navarro habría llegado a inquietarse por el hecho de haber sido despertado en su propia estancia por un hombre armado, del cual desconocía tanto nombre como intenciones.

—¡Debe de haber sido este maldito resfriado que me ataca desde hace ya varios días! — Dijo el visitante, mientras se pasaba un pañuelo de encaje blanco por la nariz. A Lope no le pareció para nada enfermo. —¡Y el horrible clima de Toledo no ayuda! ¿Tal vez podríais recomendarme algún boticario? Hace mucho que busco la fórmula de una cura milagrosa...

Lope cogió su propia capa y empezó a limpiarse la cara con ella. Su mente de soldado evaluó la situación, otra vez: Habita-

ción pequeña. Está sentado. No puede desenfundar. El puñal lo habría de coger con la izquierda, lo que no es problema. Con la derecha podré agarrar la suya, que tiene alta, lejos de la espada. Si, podría hacerse. ¿Posibilidades? Tal vez dos a uno, o tres a dos.

El ruido de metal golpeando el suelo de madera, a sus pies, terminó de despejarle por completo. Un par de lingotes de oro, de un palmo de largos y del grosor de un dedo pulgar, tintinearón entre sus pies descalzos.

—¡Permitidme compensaros, maese Lope! Con eso creo que tendréis para un buen baño, reponer vuestra ajada capa y...—

—¡Y para pagar un año de este tugurio! — Le cortó Lope, al tiempo que se atusaba su cuidada perilla. Carraspeó profundamente y arrojó un espeso gargajo que, curiosamente, alcanzó la bota derecha de su visitante.

—¡Bien, señor, ya tenéis toda mi atención! Así que, si os parece, proceded con vuestra historia. ¡Os aseguro que estoy ansioso por saber qué hacéis en mis habitaciones...! — Dijo Lope.

—Si, por supuesto, cómo no. — Una breve sonrisa cruzó el rostro del gigante rubio mientras miraba con ojos entornados la densa saliva que se deslizaba por sus gastadas y pesadas botas, tachonadas de metal. A Lope no le pareció nada amigable esa sonrisa, pero a fin de cuentas, tampoco debía de serlo su propio semblante. Era lo propio de la situación.

—¡Dejad que os explique los urgentes motivos que me han llevado a privaros de continuar con la sin duda necesaria, pero nada productiva, actividad a la que os entregabais cuando os encontré! — Hizo una breve pausa, apenas lo justo para permitir que una leve sonrisa se insinuase en sus blanquecinos labios. Cada vez que sonreía, un escalofrío recorría la columna de Lope.

“Mi nombre es Pedro Sánchez, y como ya habréis adivinado, soy Caballero de la Orden de Calatrava. Llegué a Toledo a primeros de año con una misión muy concreta, y lamentablemente tengo que reconocer que no he avanzado gran cosa en ella. Lo mío es defender la palabra de Dios, no investigar hechos fuera de la ley. El caso es que había empezado a pensar que fracasaría en la encomienda, que traicionaría la confianza que la Orden había depositado en mí. He de reconocer que no soy muy diestro en el trato con las personas, y apenas sí he conseguido que algunos taberneros me hablen. Además, como enviado de mi orden, he de colaborar con las Órdenes locales que soliciten mi intervención, y la Santa Hermandad parece haberse acostumbrado a usar de mis servicios, aunque casi siempre en los campos que rodean Toledo. ¡Y no puedo decir que les falte trabajo!

Pero hace apenas unos días, la zozobra me hizo acudir a mi confesor. Y debí hacerlo desde el principio, pues tras compartir con él mis inquietudes y temores, me sugirió muy acertadamente que tal vez necesitase ayuda profesional, por supuesto de ámbito local. ¡Y ahí es donde entra usted, maese Lope! He estado un par de días rondando el Alcázar, preguntando aquí y allá, y casi todos los habituales coinciden en que sois el más honorable de los granujas de los que me puedo servir. Y, lo más curioso del asunto, maese Lope, es que en esto coincidían tanto vuestros amigos como vuestros enemigos, que para el tiempo que lleváis recorriendo las calles de Toledo, no se puede decir que sean pocos.

Don Pedro guardó silencio durante unos momentos, como esperando alguna réplica de Lope, pero este permaneció inmutable, mirando fijamente a su interlocutor.

—¡Bien! — Dijo Don Pedro. Se encogió de hombros, al tiempo que se ponía los guantes, muy lentamente.

–Vayamos entonces al contenido del contrato. ¡Quiero que me encontréis a dos personas y, si es posible, las traigáis a mi presencia! Son un hombre y una mujer, extranjeros aunque hablan casi perfectamente el castellano. ¿Seréis capaz, maese Lope, de llevar a buen término el encargo?

–Con la “detallada” descripción que me habéis dado, cualquiera podría encontrarlos. – Dijo Lope –Aunque eso da igual, ya que no me dedico a buscar gente, Don Pedro. Hay que hablar demasiado, con demasiados. Y no me gusta mucho hablar. Además, la mayoría de las veces la gente no quieren ser encontrada. Y si por un azaroso giro del destino se les encuentra, casi nunca “colaboran”.

Lope se calzó sus botas, largas y desgastadas pero cómodas por los años de uso.

–Más bien suelo encargarme de recuperar cosas, o de protegerlas, incluso. Aunque conozco a alguien perfecto para este encargo. Sirvió conmigo en los Tercios, es un gran rastreador y además toledano de pura cepa. Conoce todos los callejones y cuevas de esta extraña ciudad, y a gente tan rara que nosotros no podríamos ni imaginar. En Toledo es capaz de encontrar a cualquiera, y...

–¡Nononono! – Le interrumpió –¡Confío en usted y en sus habilidades, maese Lope, y es a usted a quien quiero contratar! Me ha impresionado la forma en que ha resuelto su último encargo. Rápido, limpio... ¡Brillante! Y, más aún, porque sé a ciencia cierta que la cabeza de ese poeta tiene puesto precio entre algunos de los cornudos nobles de El Cigarral. ¡Y un buen precio...! Y usted lo tuvo al alcance de su espada... Así que si quiere subcontratar a otros de sus compadres, yo no tengo inconveniente. ¡Pero mis tratos son y serán con usted!

Lope continuó con la vista fija en Don Pedro. Lo cierto es que a Lope se le estaban acabando los reales tan deprisa como

los encargos que ciertamente acataban su código moral, así que nada perdía con escucharle. A fin de cuentas, y a pesar del pendiente asunto de la palangana, había pagado muy bien por su tiempo. ¡Quién sabe! Si recurría a Rodrigo, tal vez fuesen sencillos de encontrar, los fulanos esos. Aunque, a pesar de ser un Caballero Calatravo, había algo en su visitante que no le gustaba, algo que no encajaba.

—En realidad estas dos personas tienen algo en su poder que pertenece a la Orden, o sea que sería casi uno de sus encargos acostumbrados, uno de “recuperación”. — Sonrió de nuevo, y la habitación se oscureció un poco más. —¡No es nada valioso en el sentido vulgar del término! Pero su valor de culto es, para nosotros, incalculable. Nos ha costado mucho averiguar que los ladrones se esconden en Toledo, y sabemos que no se quedan mucho en el mismo lugar, por lo que es posible que esté ya pronta su partida.

El extraño personaje se levantó y recogió capa y sombrero, ambos con la mano izquierda. Con sumo cuidado, limpió la saliva de su bota en la parte inferior del colchón.

La mano de la espada sigue libre, pensó Lope.

—En esos pliegos que he dejado sobre su escritorio está toda la información que la Orden y yo hemos podido reunir sobre los ladrones que buscamos. Si encuentra algo digno de ser considerado por mí, podrá hallarme casi con toda seguridad en la Posada de la Santa Hermandad. Si no me encuentro allí, lo que sucede más veces de las deseables, siempre puede dejarme una nota. — Miró a Lope unos momentos, mientras en sus labios se insinuaba una sonrisa. —Entonces, ¿acepta el encargo?

—¡Bueno, eso depende! — Lope se encogió de hombros. — Creo que se le han olvidado un par de cosas, Don Pedro.

—¡Ah! ¡Claro! — De nuevo, la inquietante sonrisa. —¡El vil metal, el justo pago, el salario del legionario! ¿O, tal vez, prefiera

llamarlo “la soldada”? – Dijo Don Pedro mientras se calaba el sombrero.

–Junto a los pliegos con la información he dejado un lingote como esos que esperan a sus pies. Para gastos, sobornos y cuanto se tercié. Si es capaz de encontrarlos en una semana la Orden le pagará con cien lingotes. Si es más tarde, o resulta que ya se han marchado de Toledo pero puede alcanzarlos, serán treinta los que conseguirá. Pero siempre con la condición de traerlos a mi presencia junto a todas sus pertenencias. Eso es una condición imperativa. ¿Trato hecho, maese Lope? Creo que es un pago interesante por un trabajo que seguro a usted le resultará mucho más sencillo y productivo que a mí.

A todas luces, el trabajo parecía fácil y bien pagado. Pero estaba el instinto, esa vocecilla que chillaba en su cabeza y le advertía de que ahí había gato encerrado.

–Como le he dicho, no busco personas. No se me da bien, y no quiero hacerle perder el tiempo. Vuelva a las tabernas del Alcázar, hay muchos allí que le servirán bien. –Dijo Lope, mientras se ponía en pie.

Don Pedro se mantuvo en silencio unos instantes, tras los cuales adoptó una postura más relajada.

–¡Cierto es que lo habéis dicho! Aunque, para ser del todo sincero, esperaba que el pago os convenciese, ya que si os negáis supongo que no será por la dificultad del trabajo, ¿verdad?

–Tengo mis motivos, maese. –Dijo Lope. –Y ahora, si me hacéis el favor, decidle al tabernero cuando os vayáis que prepare un balde para mí. Necesito un baño tanto como vos un buen rastreador.

–Por supuesto, acepto vuestra decisión. – Dijo Don Pedro con su inquietante sonrisa congelada en su rostro, al tiempo que abría la puerta, dispuesto a marcharse. –De todas formas, si no os importa, os dejo esos pliegos, y el oro que los acom-

paña. Si cambiáis de opinión, hacédmelo saber. Aún esperaré un par de días, antes de buscar a otro que pueda sustituirlos, maese Lope. Si puedo servirlos en algo, antes de marcharme, será un placer contestar a cualquier duda que os haya surgido.

—Bueno... ya que estáis en ello, podríais decirme si es que a la Orden de Calatrava no le gustan los reales españoles. — Dijo Lope.

—¿Los rea...? Ya entiendo. Lo decís por los lingotes con los que os he pagado, y espero pagaros, ¿no es así?

Lope asintió en silencio.

—Lo cierto es que no hay problema alguno con los reales, pero el caso es que la Orden se ha hecho con una mina de oro, y esta encomienda, esta búsqueda que me fue asignada se constituyó tan aprisa que los fondos con que fui abastecido estaban conformados en su gran mayoría por lingotes de oro, fraguados en la propia mina. ¡Espero que eso no os suponga un problema...!

Lope permaneció en silencio mientras negaba con la cabeza.

—¡En ese caso, no le entretengo más! Avisaré al posadero al bajar para que le vaya preparando ese baño. ¡Ciertamente que se lo merece tanto como lo necesita! — Incluyó la cabeza, a modo de despedida.

Y con esto salió de la habitación, llevándose su inquietante sonrisa con él y cerrando de un fuerte golpe la gruesa puerta de pino sin cepillar, que le recordó al navarro que había despertado sumido en un tremendo dolor de cabeza. Tras observar por unos minutos el mal estado de su camisa y los restos de todo lo ingerido el día anterior, que estaban esparcidos por el suelo, Lope empezó a sopesar que el lupanar favorito de Rodrigo, “El Ama de Cuba”, a pesar de su buena fama, hacía ya tiempo que no servía licores y caldos de calidad, o aun más probable, los había sustituido por un extraño preparado pur-

gante fruto de la oscura mente de un ponzoñoso boticario, seguramente muy resentido con el resto de los mortales.

Cuando Don Pedro salió de la taberna se tomó unos minutos para observar a la gente, que ya empezaba a deambular camino de sus trabajos o del mercado, o simplemente, paseando. El sol empezaba a brillar con fuerza, y parte del frío de la madrugada había desaparecido ya. Mientras observaba el gentío, un gato negro de fino rabo y curiosos ojos amarillos empezó a rozarse contra sus botas, al tiempo que empezaba a ronronear. Don Pedro lo observó un instante, y en cuanto lo tuvo al alcance, le lanzó una fuerte patada. El gato maulló de dolor y entró a la carrera en la Taberna del Yucatán.

Sonriendo, el caballero calatravo cruzó la calle y se apoyó en la pared de piedra, junto a un hombrecillo de piel oscura. Este lo miraba con cierto resquemor.

—Trae mala suerte golpear un gato negro. Tienen mucha magia. Son importantes. —Dijo el hombrecillo.

—Seguro. — Dijo Don Pedro. La fría sonrisa apareció de nuevo en su rostro.

—Ya te lo digo yo. — Dijo el hombrecillo. —Bueno, ¿ha aceptado el trabajo?

—No.

—¿No? ¿Le has dado el oro?

Don Pedro miró al hombrecillo. Por un momento, la ira apareció en sus ojos.

—¡Pues claro! Pero este Lope es un personaje raro. Cuando pensé que ya iba a aceptar, me dijo que no y me invitó a irme. — Don Pedro se encogió de hombros. —De todas formas, aún tengo un as en la manga... Este navarro necesitará mucho oro en los próximos días, cuando el Castor sepa de él.

Los dos socios empezaron a andar calle abajo mientras seguían comentando el asunto, y no tardaron en perderse entre la multitud. Ninguno de los dos se había percatado de que el gato negro de fino rabo que había pateado Don Pedro, les estaba observando desde la ventana de la Taberna.

Y parecía hacerlo con interés.

LA BRUJA

TOLEDO. Calle del Calvario.
26 de octubre de 1649. Al anochecer.

La tienda disfrutaba, sin duda, de unas excepcionales vistas del curso del Tajo. Enclavada en la parte suroeste de la ciudad, era además una de las más conocidas del otro Toledo, el oculto. El mágico.

De fachada pequeña, la madera aún soportaba bien el paso de los años, y el gran cristal del escaparate había logrado resistir la granizada del verano anterior, aunque las letras pintadas en el cartel de madera sobre la entrada no lo habían hecho tan bien. Aun así, se podían leer el nombre de los propietarios: “Sarah y Hermanos. Cambio y Piedad”.

El sol del atardecer entraba por los ventanales, creando en el interior de la tienda un complejo juego de luz y sombras. El frío de la antigua estancia de piedra estaba atenuado, al menos en parte, por una estufa de carbón tan antigua que ya nadie recordaba cual era su historia.

No había nadie junto a Sarah aquella tarde, mientras ponía al día los libros. Sentada tras el gran mostrador de pino, se ser-

vía de una vela blanca de sebo para anotar con cuidado las cuentas del último negocio, deseando que el sol se ocultase del todo para cerrar su tienda y departir con sus dos hermanos durante la cena los detalles del último trabajo. En realidad, no había nadie salvo un gran gato negro y blanco que reposaba en su regazo mientras jugueteaba perezoso con el lazo que ceñía su vestido y con los caprichosos mechones de su rubio y rizado cabello que, libres del abrazo del moño que atrapaba el resto de su pelo, insistían en deslizarse hacia su cara.

Tan absorta estaba en los cálculos que no se percató de que el último rayo de sol abandonaba su tienda justo cuando la campanilla sobre la puerta tintineó, al abrirse esta.

Sarah y su gato alzaron la mirada sobre el mostrador al tiempo que dos personas entraban en la tienda. Una era un hombre de unos cincuenta años, bajito y algo entrado en carnes. El pelo de su cabeza hacía tiempo que no le acompañaba, pero parecía que intentaba suplirlo con una tupida barba blanca que contrastaba con una piel curtida por los elementos. Entre sus manos retorcía un pequeño gorro de lana. Sus ojos negros recorrieron con rapidez la tienda, para centrarse por fin en la propia Sarah.

La otra era una mujer que no parecía tener más de cuarenta años, de pelo negro y lacio recogido con una simple cinta azul. Llevaba un vestido sencillo pero elegante, aunque parecía bastante gastado. Sus manos entrelazadas reposaban en su regazo. Sus ojos, azules y profundos como el propio mar, estudiaban con detenimiento a Sarah.

—¡Buenas tardes nos dé Dios, amigos! Mi nombre es Sarah. ¿En qué puedo servirlos? — Se levantó tras el mostrador, provocando que su gato se escurriese rápidamente a través de la cortina que daba intimidad a la trastienda, una curiosa tela de color violeta en la que había cosidos, con mayor o menor

suerte, diversos motivos celestiales y zodiacales, un par de estrellas de David y hasta una media luna musulmana. Todo ello de una tela color amarillo chillón que parecía iluminar el resto de la cortina.

–Eh, buenas tardes– Contestó el hombre, con cierto acento francés. –Mi nombre es...Jean y esta es mi esposa... Sophie. ¡Sí, eso, Sophie! El caso es que llegamos a Toledo hace unos días en busca de unos servicios muy concretos, y aquellos pocos a los que hemos podido preguntar y que se hayan atrevido a responder nos han recomendado su establecimiento como el más indicado a nuestros intereses.

–Entiendo. – Dijo Sarah, al tiempo que asentía con la cabeza. –Tienen moneda extranjera, tal vez... ¿franceses? Y esperan conseguir un buen tipo de cambio en mi tienda porque es un negocio pequeño. ¿Me equivoco?

–Eeeee, bueno, no, o si, es decir. Cierto es que queremos cambio, pero no es eso lo que nos trajo aquí, sino la gitana... en Roma... y la de Toledo... ¡Me estoy haciendo un lío con todo esto...! – Jean comenzó a balbucear.

–¡Tranquilo, amor, ya sigo yo! –Lo interrumpió Sophie. – ¡Disculpe a mi esposo, madame Sarah! – Una franca sonrisa iluminó su rostro –¡Por más que pasen los años, una hermosa mujer como usted sigue dejándolo sin habla! Es cierto que vamos a necesitar sus servicios como Casa de Cambio, aunque en realidad nosotros veníamos buscando otro tipo de asistencia. ¿Tal vez la que ofrece detrás?

En ese momento un hombre atravesó la cortina desde la trastienda. Alto, fuerte, de ojos verdes y pelo negro abundantemente salpicado de canas, que contrastaba con su joven rostro. Sin decir palabra, se colocó junto a Sarah.

–¡Ah! ¿Buscan ustedes una adivina que les eche las cartas del tarot? – Sarah también sonreía, aunque algo en ello les ins-

piró cierto malestar —¿Quieren que les lea su futuro en las líneas de las manos? Les advierto que mis servicios son caros, aunque suelo acertar siempre...

—¡Madame Sarah! — Empezó Jean—¡Ya conocemos nuestro destino! Tan sólo queremos escondernos de Él. ¡Le aseguro que el precio no será un problema!

Jean depositó en el mostrador de pino, justo frente a Sarah, tres lingotes de metal que, aunque no más gruesos que el dedo pulgar del extranjero, si que medirían al menos su buen palmo, y por el brillo y el color dorado quedaba clara su naturaleza. Y su valor.

Sarah y el hombre silencioso cruzaron brevemente sus miradas. Ambos observaron a la pareja francesa durante unos instantes, prolongando el silencio. El sonido de un par de caballos acercándose al trote calle arriba rompió este, y de una forma que sobresaltó a la propia Sarah. Al retumbar de los cascos, las caras de Jean y Sophie se retorcieron en una terrible mueca de terror. Como dos ratoncitos asustados, comenzaron a deambular por la habitación, buscando un lugar donde ocultarse de la vista de los jinetes.

Asombrada por la reacción de sus nuevos clientes, Sarah recorrió la cortina que daba a la trastienda.

—¡Rápido! ¡Entrad! No podrán veros aquí dentro.

No tuvo que decírselo dos veces, pues antes de que terminase la frase Jean ya cruzaba el umbral de la trastienda, seguido de cerca por su esposa Sophie. Sarah corrió con violencia la esotérica cortina, no sin antes dirigir una significativa mirada al joven de la tienda.

Este salió de detrás del mostrador mientras con un hábil movimiento de sus dedos hacía desaparecer los pequeños lingotes de oro en sus bolsillos, y, sin prisa alguna, caminó hacia la puerta de entrada. Al llegar a esta, dos jinetes de la Guardia

de la Ciudad alcanzaban ya los ventanales, iluminando la calle y parte de la tienda con el tono anaranjado de las antorchas que portaban. Durante un momento retuvieron a sus monturas, pero sólo hasta que reconocieron al joven silencioso. Este les saludó con la cabeza, al tiempo que corría los pesados cortinajes que ocultaban completamente el interior de la tienda de las miradas curiosas del exterior.

Uno de los Guardias le respondió imitando su gesto, y sin más, azuzó a su montura y continuó calle arriba. El otro no tardó en seguir y alcanzar a su compañero, al que preguntó sobre el joven de la tienda.

—Es sólo Nevado, no te preocupes. Uno de los hermanos de Sarah.

La trastienda de “Sarah y hermanos” era una habitación oscura, iluminada tan sólo por una gruesa vela negra que presidía, junto a una gran bola de cristal, una mesa en el centro de la sala. Estaba cubierta, a modo de mantel, con la misma tela de la que estaba hecha la cortina, lo que daba un toque tragicómico al tenebroso lugar. Algunas estanterías, repletas de diversos cachivaches se repartían por las paredes, sucias y plagadas de telarañas. Un cráneo humano presidía un gran arcón al fondo, y sobre este, había una balda de madera en la que descansaba un gran cuadro que era la única decoración de la habitación: Una ventana que daba a un paisaje veraniego, posiblemente de Castilla, por la que miraba atentamente un gato negro de fino y largo rabo. Jean se fijó en lo real que lucía la pintura. Casi pudo sentir el calor del verano en su rostro cuando la observó, y hasta le pareció que el gato movía el rabo un par de veces...

Sarah corrió la cortina tras de sí, lo que sacó a Jean de su extraño trance, y se llevó el dedo a los labios. Aunque esto no

era necesario, ya que la expresión de ambos era tal que Sarah estaba segura de que ni aplicándoles en ese momento un hierro al rojo, de los que solía usar la inquisición, conseguiría nadie extraerles un solo sonido.

Al poco, los cascos de los caballos resonaron calle arriba, y en seguida el joven silencioso entró en la trastienda, volviendo a cerrar la cortina tras él.

–Eran dos de la guardia. Ningún problema. – Dijo. –Por cierto, mi nombre es Alejandro Ortiz, pero todos me llaman Nevado, por mis juveniles canas. – Sonrió. –Soy hermano de Sarah.

–Sentaos y contadnos qué es lo que necesitáis de nosotros. – Dijo Sarah, mientras rebuscaba en una estantería, y finalmente hallaba una botella de color caramelo y dos vasos de madera.

Cuando los cuatro se sentaron alrededor de la mesa, un gato negro de ojos intensamente amarillos se subió al regazo de Sarah. Jean, asombrado, miraba gato y cuadro alternativamente. Ya no aparecía ningún gato pintado en él.

–A Pancho le gusta mucho mirar ese cuadro, a veces se pasa horas junto a él, pero le gustan mucho más las historias de nuestros nuevos amigos, así que, si os parece bien, os escuchamos. – Dijo Sarah, mientras servía un licor de fuerte olor y negro como el propio gato en los dos vasos, y se los tendía a Jean y Sophie.

–¡Alguien intenta matarnos a mi esposa y a mí desde hace bastante tiempo! – Soltó, de golpe, Jean. –Al principio, sus intentos de encontrarnos eran torpes y débiles, nos seguía la pista de ciudad en ciudad, de país en país, pero siempre llegaba demasiado tarde. Algunos amigos, que sabían de esa extraña persecución, nos protegían, nos avisaban de sus movimientos, y siempre íbamos un paso por delante. Pero, desde hace algún

tiempo ha empezado a acercarse cada vez más. Llegó un momento en que sólo unas horas nos separaron de él, y en alguna ocasión ni siquiera eso; y así anduvimos unos meses hasta que una gitana en Roma nos avisó de que nuestro enemigo había comenzado a usar la brujería. ¡Brujería! Nos invadió la congoja, pues somos gente sencilla temerosa de Dios; un simple librero de París y su esposa. Pero la gitana nos envió aquí, a Toledo, nos dijo que Toledo era de por sí mágico, y que aquí posiblemente no funcionasen sus hechizos. O, tal vez, que podríamos encontrar a alguien que conociese ese mundo y pudiese frenarlo. ¡Y aquí, tras mucho buscar y más preguntar, al fin encontramos a alguien que nos habló de vos, doña Sarah...y de vuestros hermanos!

—Podemos contaros todo lo que sabemos de él, y hasta podemos entregaros un mechón de su cabello. — Sophie sacó un papel doblado y lacrado con cera roja. —Nos dijeron que era muy útil tener algo de la otra persona para el éxito de las artes oscuras. ¿Podéis ayudarnos?

Sarah y Nevado volvieron a intercambiar la misma significativa mirada de antes, y tras unos minutos en silencio, Sarah los miró fijamente.

—Antes de contestar a esa pregunta, quisiera haceros una yo. Si sois gente tan sencilla y temerosa de Dios, ¿por qué iba nadie a poner en peligro su alma inmortal mezclándose en asuntos brujeriles para intentar encontraros y mataros? ¿Qué mal le habéis causado a esa persona, que tanta determinación y odio ha engendrado? — La mirada de Sarah, que se había endurecido, iba de Jean a Sophie.

Cuando Jean fue a hablar, Sophie puso su mano sobre el antebrazo de este, y le hizo callar.

—¡Ya se lo cuento yo! — Miró a los dos hermanos directamente a los ojos, y exhaló un profundo suspiro. —Tenéis razón,

Sarah, en que es extraña tanta insistencia. Pero el dinero lo puede todo, y ese hombre está bien pagado... y su pagador, muy motivado. Veréis, hace unos años una rara enfermedad india se extendió entre algunos nobles parisinos, sin que en primera instancia sus cirujanos pudiesen atajarla. Así, dada la gravedad y la mortandad que dicha enfermedad estaba alcanzando, y a pesar de las opiniones en contra de algunas autoridades de la Iglesia, debido a mi profundo conocimiento del mundo botánico algunos de esos cirujanos que estaban tratando a los enfermos vinieron a pedirme consejo, al establecimiento de mi marido. Yo les escuché atentamente, y tras anotar con cuidado los síntomas dediqué varios días a revisar ciertos volúmenes de nuestra librería, hasta que por fin preparé un remedio para el mal que les afectaba. Pero, al parecer, no fui lo suficientemente rápida en hallar tan esquiva cura, y aunque el remedio fue efectivo y casi todos los enfermos sanaron, llegó apenas unas horas tarde para el único hijo del barón de Echan-teux, que desde ese momento nos odió... y sentenció a muerte. – Los ojos de Sophie parecían a punto de llenarse de lágrimas. – El intento de ayudar a los demás, nuestra predisposición a la bondad, esas fueron las ofensas que nos han condenado a muerte. ¿Podéis, entonces, ayudarnos? ¿Podéis atajar esta persecución?

Sarah miró con curiosidad a los dos franceses, absorta en sus propios pensamientos cuando su hermano, de una breve sacudida en el brazo, la hizo volver en sí. Sonrió, y esta vez era una sonrisa cálida y tranquilizadora.

– Sí. Podemos. – Dijo.

EL TEMPLARIO

PARÍS. Rue du Plâtre.

15 de julio de 1355. Al anochecer.

Nicolas depositó el pequeño paquete de tela marrón sobre la mesa de trabajo, situada en el centro del sótano, junto a su más reciente adquisición. A pesar de lo emocionado que estaba por el contenido del paquete, no pudo menos que parar unos minutos y recordar cómo se había hecho con el Códice.

Fue varios meses atrás que el joven tendero de la Rue du Plâtre había tenido una visita de lo más extraña. Era una lluviosa tarde de finales de abril, y había decidido cerrar pronto y subir junto a su esposa Pernelle. En toda la tarde ni un solo cliente había entrado a la tienda, por lo que nada hacía suponer que permanecer más tiempo observando la lluvia caer iba a producirle beneficio alguno. Así, tal vez podría ayudarle a preparar la cena, o incluso podrían dedicarse a buscar un pequeño Nicolas. O una pequeña Pernelle, se sonrió.

Había apagado ya los cuatro faroles con los que solía iluminar su establecimiento cuando, al ir a cerrar la puerta de la pe-

queña y modesta librería y despacho, se le acercó con rapidez un hombrecillo pequeño y de ojos grandes muy abiertos, sucio y desaliñado, que intentaba cubrir su flaco cuerpo con lo que parecían los restos de un hábito. A su espalda colgaba un gran saco mugriento, de los que suelen usar los molineros para la harina.

—¡Piedad, señor! ¡No cerréis aún! ¡Tengo negocios urgentes que sólo a vos os incumben, y que sin duda os han de beneficiar en alto grado! —Dijo el fraile.

—Volved mañana, si no os importa, noble fraile. Ya hemos cerrado por hoy y el tiempo no invita a volver a abrir.

Nicolas hizo ademán de cerrar la puerta, con la evidente intención de dejar al fraile fuera, bajo la persistente lluvia del abril parisino. No le convencía la idea de dejar entrar en su tienda a nadie con ese aspecto, y mucho menos cuando ya se había decidido a cerrar. Pero el fraile introdujo su pie, cubierto tan sólo por una sandalia anudada a la pantorrilla, entre la puerta y el marco, y descubrió así que este no era rival para la pesada puerta de roble de casi medio palmo que Nicolas intentaba cerrar. El sonido de varios huesos al quebrarse casi se pudo oír por encima del grito de dolor del fraile, que ya no pudo sostenerse y cayó pesadamente sobre el agua encharcada frente a la librería.

Tras unos instantes, la congoja pudo con el asombro, y Nicolas ayudó al fraile a entrar en su tienda. Con cuidado de no tropezar con el maltrecho pie, lo acompañó hasta uno de los taburetes que tenía frente al mostrador para uso de sus clientes.

—¡Cerrad la puerta, por Dios, señor! — Le suplicó el fraile entre quejidos de dolor. —¡Creo que me siguen, y no es para comprar un libro!

Como quiera que Nicolas no pudiera estar más de acuerdo con que ya había tenido suficientes visitas inesperadas por una

noche, cerró y aseguró con rapidez la puerta de roble. Una vez hecho esto, encendió uno de los faroles y se dirigió a la trastienda, de donde volvió al poco con un rollo de vendas de lino y una redoma de cristal con una pequeña cantidad de polvo grisáceo en su interior. Y se sentó en otro taburete frente al calamitoso visitante.

–Buen Dios, ¡mirad lo que habéis logrado, Padre! Seguro que os habéis roto algún hueso. Dejadme que os lo vende, y después os daré algo para el dolor. Podéis pasar aquí la noche, y mañana ya veremos qué hacemos con vos.

–¡No hay tiempo para eso, señor, no quiero entretenerme más de la cuenta pues os pondría en serio peligro! Siento mucho lo ocurrido, pero era de imperiosa necesidad para mí el que me atendieseis ahora. – Le respondió el fraile. –No sé si mañana seguiré con vida.

–Bien, ya que parece un asunto de vida o muerte el hecho de serviros de mi negocio, sed bienvenido a la modesta librería de Nicolas Flamel, Padre... – Comenzó Nicolas.

–Mi nombre no es importante, Nicolas, pero lo que traigo para vos, sí que lo es.

–¡Vaya! Ya sospechaba yo que no veníais precisamente a comprar. ¿Y que es, entonces, eso que queréis venderme?

–Antes de eso, me habréis de jurar el no revelar nunca lo que os cuente esta noche, y que no os desharéis de lo que os entregue salvo para retornarlo a mi persona. –El rostro del fraile se había endurecido, y por un momento llegó a asustar a Nicolas.

–¡Os lo prometo, descuidad!

–¡Bien! Veréis, Monsieur Flamel, yo fui un caballero de la Orden del Temple. –Esperó unos momentos, pero Nicolas se mantuvo impassible. –No voy a entrar en este instante a discutir

sobre los verdaderos motivos de la caída de nuestra Orden, ni a intentar defender mi propia inocencia sobre esas absurdas acusaciones; pero el caso es que, cuando las tropas del Rey asaltaron nuestro baluarte, unos pocos elegidos recibimos la orden de escapar por ciertos pasadizos ocultos con algunos de los tesoros y reliquias más apreciados de nuestra Orden. Y digo apreciados, que no valiosos, pues en realidad poco oro o plata se sacó esa noche de allí. A mí se me asignó lo que os voy a entregar, y he de deciros que alguno de mis hermanos no estuvo nada de acuerdo con la decisión de nuestro Maestre. Dos de los caballeros, dos hermanos con los que había combatido hombro con hombro, intentaron acabar con mi vida antes incluso de haber podido abandonar el baluarte. Eso me hizo pensar en la naturaleza del tesoro que se me había dado en custodia, y en cual podría ser su auténtico valor. Y para quién...

Cuando al fin conseguí escapar de allí, pasé algunos años huyendo de aquí para allá, escondiéndome por las noches en los bosques y en las ruinas abandonadas donde nadie se atreve a acudir ni tan siquiera de día, aunque finalmente hallé un santo lugar donde fui admitido sin preguntas, y en el que he pasado casi toda mi larga y azarosa vida. He tenido muchos años para revisar el asunto de mi encomienda, y no puedo menos que reconocer que ha escapado a mi comprensión por completo. No he podido sacar nada en claro de él, aunque debía ser de naturaleza vital para nuestra Orden, pues mi cargo no era precisamente de los inferiores en rango, maese Nicolas, y aun así no conocía de la existencia de este objeto hasta aquel aciago viernes.

Bien, pues fue hace apenas unas semanas que aparecieron, en el monasterio que ha sido mi hogar hasta ahora, varios hombres que me buscaban. Conocían de mi pasado templario y con esa excusa querían darme caza. Pude escapar de puro milagro, y durante algún tiempo jugamos al gato y al ratón por los bos-

ques de Normandía. Pero una noche, en que fui yo quien los tuvo a tiro de flecha, pude escuchar sus debates en torno a la hoguera de su campamento, y lo que escuché me dejó sin palabras. ¡Buscaban mi encomienda, Monsieur Nicolas! ¡Después de tantos años, esos jóvenes mercenarios que apenas eran unos mozalbetes aquel día, buscaban el objeto que se me había dado en custodia! ¿Cómo era eso posible?

El caso es que hace unos días estaba yo dormitando en el interior de una ermita cercana al pueblo de Charmont-en-Beauce, porque siempre que tengo la oportunidad paso las noches en terreno sagrado, cuando se me apareció en sueños un hermoso ángel que me ordenaba esconder el tesoro entre otros de sus iguales, y aunque cuando desperté el sueño me pareció una alucinación por los varios días sin probar bocado que ya acumulaba, en realidad no me pareció una mala idea. ¡He oído hablar de vos, Nicolas, y sé que sois hombre de palabra y que tenéis al menos diez volúmenes parecidos en forma y tamaño en vuestra tienda! Voy a dejaros en depósito el tesoro, a cambio de una pequeña compensación económica, aunque debéis asegurarme de que en caso de pedíroslo, me lo devolveréis.

El fraile abrió el saco de molinero y extrajo un sucio y viejo volumen, que en un primer momento a Nicolas no le pareció sino otra recopilación de las hazañas caballerescas de algún barón con aires de realeza, que muy probablemente hasta habría escrito él mismo. Nicolas cogió el pañuelo de algodón que siempre llevaba en uno de los bolsillos de su túnica y limpió con cuidado el libro. Ante sus ojos se fue desvelando un curioso Códice encuadernado en piel marrón, de la cual no pudo identificar el origen. Estaba reforzado con incrustaciones de metal dorado a intervalos regulares a lo largo del lomo, y en las esquinas de las tapas. Ningún título presentaba en la portada, aunque sí algunos símbolos que parecían ser hebreos, grabados a fuego.

Un rápido vistazo a las páginas del códice le llevaron a descubrir que estaba escrito en hebreo, además de incluir una gran variedad de diagramas y símbolos que no podía definir de otra manera sino como alquímicos, tal vez matemáticos. Parecía antiguo, muy antiguo, y aunque era consciente de que disponía entre sus propios volúmenes de una edición de la Santa Biblia en latín y hebreo que bien podía hacer las veces de diccionario, no estaba muy seguro de que intentar una traducción del extraño presente del fraile fuese una empresa en la que mereciese la pena invertir su tiempo.

—La verdad es que tengo alguno más que diez libros, pero eso es otra historia. Y mi estimado fraile, ¿te dijo también ese ángel tuyo por cuánto habíais de venderme esta obra, y cuánto tiempo debía guardároslo?

—No, señor, no me lo dijo. Pero yo confío en vuestra decisión al respecto.

Nicolas volvió a hojear el volumen durante unos minutos, que el fraile respetó en silencio, a pesar del dolor que el pie fracturado debía de producirle. Tras esto se levantó del taburete, y dejando el libro sobre el mostrador, cogió la redoma y se la entregó al fraile.

—Tomad. Poneos una pizca de esta mezcla bajo la lengua y dejad que se disuelva. Os calmará el dolor y la hinchazón del pie. Podéis quedaros el resto, os va a hacer falta.

Nicolas entró tras el mostrador y abrió la pequeña caja de madera donde guardaba las monedas que tenía preparadas para el uso diario en la librería. Mientras rebuscaba en su interior, su vista volvía una y otra vez sobre el desarrapado fraile, y no pudo evitar preguntarse cómo un hombre de Dios, que a fin de cuentas es lo que eran los Templarios, había podido llegar a su situación. Finalmente, encontró las monedas que buscaba.

—Mi buen fraile, ¿os habéis decidido a aceptar mi hospitalidad? Mi esposa ya estará con la cena, y siempre prepara más que de sobra. Tengo, además, una habitación que nadie usa...

—Gracias, monsieur Nicolas, pero como os he dicho, prefiero dormir siempre que puedo en suelo sagrado. He visto un par de iglesias cuando caminaba hacia aquí, y espero estar de vuelta en alguna de ellas antes de que atraquen las puertas.

—Entonces, tomad estas monedas, y dad por cumplida vuestra encomienda. — Nicolas depositó en las manos del fraile dos escudos de oro y otros dos cuartos. — Los cuartos os darán para unos días bien alimentado y vestido. Con el resto, podréis enderezar vuestro camino plenamente. Y os guardaré el libro a buen recaudo durante tres meses. A partir de ese momento, si no tengo noticias de vos, dispondré de él a mi conveniencia. ¿Os place mi decisión?

El viejo fraile asintió con vehemencia, y dando las gracias efusivamente a Nicolas, y por añadidura, cojeando ostensiblemente del pie izquierdo, salió tanto de su tienda como de su vida ese monje que tan extraño presente le había deparado, y al que nunca más volvió a ver.

Nicolas había empleado todo el tiempo del que pudo disponer durante los últimos meses en intentar leer una parte del Libro que parecía menos entrelazada con los curiosos símbolos geométricos y cálculos matemáticos, aunque el hecho de depender de la búsqueda del mismo símbolo hebreo en la Biblia le había llevado a avanzar más bien poco. Sí logró descubrir una lista de materias primas y otra de utensilios alquímicos, y aunque su situación económica no era precisamente holgada, su esposa y él habían decidido emplear una pequeña parte de sus ahorros en tratar de descifrar el contenido, o al menos el objeto de tan antiguo y enigmático Códice.

Esa noche, por fin, estaba preparado para poner a prueba lo que había conseguido descifrar, pues el último de los elementos que necesitaba por fin estaba en sus manos. Abrió con cuidado el paquete de tela marrón, y extrajo un pequeño bote de cristal, cerrado con un corcho y sellado con cera roja. El líquido de su interior, de color metálico, brillaba atrapando en multicolores reflejos la tenue llama de las velas que iluminaban el sótano. Era mercurio, líquido y venenoso.

Fue el día en que Nicolas intentó la Primera Transmutación.